

—Aquí, y despues aquí, y despues aquí, y últimamente aquí.

Me escribió las señas de su casa, me invitó á que le buscasse, me dió un cigarro, y se fué. Tres dias despues, en la corrida de toros, estaba yo en un sitio próximo á la barrera; pasó él por delante de mí recogiendo los cigarros que le echaban los espectadores; le tiré un cigarro de Milan, de aquellos con la paja dentro; lo cogió, lo miró, sonrióse, y buscó quién se lo habia tirado; hícele yo una señal, vióme, y exclamó:

—Ah! el italiano.

Aún me parece verle: llevaba un vestido de color ceniciento cubierto de bordados de oro, y tenia una mano manchada de sangre.....

Pero, en conclusion, un juicio claro sobre las corridas de toros. ¿Son ó no una cosa bárbara, indigna de un pueblo civilizado? ¿Son ó no un espectáculo que gasta el corazon? Veamos una palabra ingénu. ¿Una palabra ingénu? No quiero, respondiendo de un modo, atraerme encima una lluvia de inyectivas; y respondiendo de otro condenarme á mí mismo, puesto que debo confesar que fui á la Plaza todos los domingos. He narrado y descrito; el lector sabe tanto como yo; juzgue él, y me permita no meter en ello mi cucharada.

Vi en Madrid la famosa ceremonia fúnebre que se celebra todos los años el 2 de Mayo en honor de

los españoles que murieron combatiendo, ó fueron pasados por las armas por los franceses, hace sesenta y cinco años, en aquella tremenda jornada que llenó de horror á Europa é hizo estallar la guerra de la Independencia.

Al amanecer suena el cañon, y en todas las iglesias parroquiales de Madrid, y delante de un altar levantado junto al Monumento, se comienza á celebrar misas y se continúa hasta la tarde. La ceremonia consiste en una solemne procesion que sale comunmente de las inmediaciones del Palacio Real, va á oír un sermon en la iglesia de San Isidro donde reposaron hasta 1840 los huesos de los muertos, y luego se dirige al Monumento á oír la misa.

En todas las calles por donde ha de pasar la procesion están formados los batallones de voluntarios, los regimientos de infantería, los escuadrones de coceros, los guardias civiles á pié, la artillería, los cadetes; por todas partes se oían trompetas, tambores, músicas; se veía á lo lejos, por cima de la multitud, un movimiento continuo de sombreros de generales, penachos de ayudantes, banderas, espadas; corrian las calles los carruajes del Senado y del Congreso, grandes como carros triunfales, dorados hasta en las ruedas, forrados de terciopelo y seda, sobrecargados de franjas y cenefas, y tirados por soberbios caballos con penachos. Las ventanas de todas las casas estaban adornadas de colgaduras y flores; todo el pueblo de Madrid en movimiento.

Ví pasar la procesion por la calle de Alcalá. Venian delante los cazadores de la milicia ciudadana á

caballo; luego los muchachos de todos los colegios, asilos y hospicios de Madrid, de dos en dos: eran mil-llares; luego los inválidos del ejército, éste con las muletas, aquél con la cabeza vendada, algunos sostenidos por sus compañeros, otros decrepitos, casi llevados; soldados, generales, con divisas antiguas, el pecho cubierto de condecoraciones y de cintas; largas espadas y sombreros con plumas; luego una multitud de oficiales de todos los cuerpos, relucientes de plata y oro, y vestidos de mil colores; luego los altos funcionarios del Estado, los diputados provinciales, los diputados á Córtes, los senadores; luego los heraldos del Ayuntamiento y de las Córtes con anchas túnicas de terciopelo y las mazas de plata; luego todos los empleados municipales, todos los concejales de Madrid, vestidos de negro con las medallas al cuello; finalmente, el Rey vestido de general, á pié, acompañado del Alcalde, del capitán general del distrito, generales, ministros, diputados, oficiales de órdenes y ayudantes de campo, todos con la cabeza descubierta. Cerraban la procesion los cien guardias de caballería, fulgurantes como guerreros de la Edad Media, los guardias reales á pié, con gran morrion de pelo á la hechura de la guardia napoleónica, casaca encarnada, pantalon blanco, dos anchas correas cruzadas sobre el pecho, polainas negras hasta la rodilla, espada, tirantes, cordones, alamares; detrás todavía voluntarios, soldados de infantería, artilleros y pueblo. Todos iban á paso lento; tocaban las músicas y las campanas; el pueblo estaba silencioso; y aquel conjunto de niños, de

pobres, de sacerdotes, de magistrados, de veteranos mutilados, de grandes de España, ofrecía un aspecto gentil y magnífico, que á la par inspiraba ternura y reverencia.

La procesion desembocó en el Prado y se dirigió hácia el Monumento. Las alamedas, los campos, los jardines estaban llenos de gente. Las señoras de pié en los carruajes, sobre las sillas, sobre los asientos de piedra, con sus niños entre los brazos; gente en los árboles y en los tejados; á cada paso banderas, inscripciones fúnebres, listas de las víctimas del 2 de Mayo, poesías clavadas en los troncos de las plantas, periódicos orlados de negro, estampas representando episodios del estrago, guirnaldas, crucifijos, mesas con cepillos para las limosnas, luces encendidas, retratos, estátuas, juguetes de chiquillos con la imágen del Monumento; por todas partes recuerdos del 1808, emblemas, señales de luto, de fiesta y de guerra. Los hombres casi todos vestidos de negro; las mujeres en su traje de gala con largos lazos y velo; grupos de aldeanos venidos de las cercanías con sus ropas de fiesta; y en medio de toda esta muchedumbre, un griterio ensordeciente de aguadores, guardias y oficiales.

El Monumento del 2 de Mayo, que se alza en el sitio donde fué fusilado el mayor número de españoles, aunque no tenga un valor artístico semejante á la fama, es, para servirme de una palabra hiperbólica, pero significativa, imponente. Es sencillo, desnudo, y en opinion de muchos pesado tambien y desgraciado; pero detiene la mirada y el pensamiento, áun

de aquél que no sepa qué cosa sea; á primera vista se comprende que en aquel lugar ha de haber ocurrido algo terrible. Sobre una base octagonal de granito con cuatro gradas, se alza un grandioso sepulcro de forma cuadrada, lleno de inscripciones, de escudos, y con un bajo relieve que representa á los dos oficiales españoles muertos el 2 de Mayo en la defensa del Parque de artillería. Sobre el sepulcro surge un pedestal de orden dórico, encima del cual hay cuatro estatuas que representan el amor pátrio, el valor, la constancia y la virtud. En medio se eleva un alto obelisco, donde está escrito en caracteres de oro: DOS DE MAYO. Alrededor del Monumento se extiende un jardin cortado por ocho senderos que convergen al centro; cada sendero está flanqueado de cipreses; todo el jardin ceñido por una verja de hierro, circundada á su vez por una gradinata de mármol. Aquel bosquecillo de cipreses, aquel jardin cerrado y solitario, en medio del pasco más alegre de Madrid, es como una imágen de la muerte en medio del regocijo de la vida; no se puede pasar por allí sin dirigirle una mirada, y no se puede mirarlo sin pensar: de noche, cuando lo baña la luna, semeja una aparicion fantástica, y exhala en torno de sí un áura de solemne tristeza.

Llegó el Rey, se celebró la misa, desfilaron todos los regimientos y terminó la ceremonia. Así se celebra el aniversario del 2 de Mayo desde el año 1814, con una dignidad, con un afecto, con una veneracion que no honran solamente al pueblo español, sino al corazon humano. Es la verdadera fiesta na-

cional de España, el único día en que enmudecen los ódios de partido, y todos los corazones se juntan en un sentimiento comun. Y en este sentimiento no hay, como pudiera creerse, nada de amargo contra Francia. España ha descargado toda la culpa de la guerra y de los estragos que fueron su causa, contra Napoleon y Murat; los franceses son acogidos amistosamente como los demás extranjeros; de las jornadas infaustas de Mayo no se habla más que para rendir honor á los muertos y á la pátria; todo en aquella ceremonia es noble y grande; delante de aquel sagrado Monumento, España no tiene más que palabras de perdon y de paz.

Otra cosa digna de verse en Madrid es las riñas de gallos.

Leí un día en *La Correspondencia* el siguiente aviso:

«En la funcion que se celebrará mañana en el Circo de Gallos de Recoletos, habrá, entre otras, dos peleas, en las que figurarán gallos de los conocidos aficionados Francisco Calderon y D. José Diez, por lo que se espera será muy animada la diversion.»

El espectáculo comenzaba á medio día: fuí. Chocáronme la originalidad y la gracia del teatro. Parece un pabellon de colina de jardin; pero es grande como para contener poco menos de un millar de personas. La forma es perfectamente cilíndrica. En medio se cleva una especie de escenario circular, alto

poco más de tres palmos, cubierto con un tapete verde, y rodeado de una alambarrera de la altura de aquellas que se ponen en los miradores: es el campo de batalla de los gallos. Entre uno y otro hueco de la verja se extiende una sutilísima red metálica que cierra la huida á los combatientes. En torno de esta especie de jaula, cuyo suelo es de las dimensiones de una gran mesa de comedor, corre un círculo de butacas, y detrás de éste, un poco más allá, otro; las unas y las otras forradas de paño encarnado. Sobre algunas de las primeras está escrito con letras de molde: Presidente—Secretario—y otros títulos de personajes que componen el tribunal del espectáculo. Más allá de las butacas se alza una gradinata de bancos, hasta la pared, en la cual se abre una galería sostenida por diez sutiles columnas. La luz viene de lo alto. El encarnado vivo de las butacas, las flores pintadas en las paredes, las columnas, la luz, en una palabra, el aire del teatro, tienen no sé qué de animado y pintoresco, que gusta y alegra. A primera vista parece que en aquel lugar se debe oír una música festiva y gentil, más bien que asistir á una lucha de animales.

Cuando yo entré habia ya un centenar de personas. ¿Qué gente es esa?—me pregunté. Verdaderamente, el público del Circo de Gallos no se asemeja al de ningun otro teatro; es una mescolanza *sui generis* que sólo se vé en Madrid. No hay mujeres, ni chiquillos, ni obreros, porque es dia de trabajo y la hora incómoda; y sin embargo, se nota mayor variedad de aspectos, de trajes y de figuras que en

cualquier otro sitio de reuniones populares. Es toda gente que no tiene que hacer durante el día: comediantes con los cabellos largos y el sombrero raído; toreros (allí estaba Calderon, el famoso picador), con su faja encarnada alrededor de la cintura; estudiantes con las huellas de la noche pasada al juego en el semblante; comerciantes en gallos, jóvenes elegantes, viejos señores aficionados vestidos de negro, con guantes negros y corbatin. Estos en derredor de la jáula. Más allá, *rarinantes*, algun inglés, algun vaigo de aquellos que se ven por todas partes, los criados del Circo, una mujer de mala vida y un guardia civil. Exceptuando los forasteros y el guardia, los demás, señores, toreros, comerciantes, cómicos, se conocian todos y hablaban entre sí, á una sola voz, de la calidad de los gallos anunciados en el programa del espectáculo, de las apuestas del día anterior, de los lances de las peleas, de zancas, de plumas, de espolones, de alas, de picos, de heridas, luciendo la riquísima terminología del arte y citando reglas, ejemplos, gallos de los tiempos ya pasados, y riñas, y victorias, y pérdidas famosas.

El espectáculo comenzó á la hora señalada. Se presentó un hombre en medio del Circo con un papel en la mano, y principió á leer: todos callaron. Leyó una série de números que indicaban el peso de las varias parejas de gallos que debian combatir; porque, pareja por pareja, no puede el uno diferenciarse en peso del otro más allá de una medida determinada por el código gallístico. Volvieron á comenzar las conversaciones, y luego cesa-

ron de nuevo repentinamente. Adelantóse otro hombre con dos cajas entre los brazos; abrió un portigo de la jáula, subió al palco, y enganchó las dos cajas á los dos extremos de una balanza pendiente del techo. Dos testigos se cercioraron de que el peso era casi igual por ambas partes; sentáronse todos; el presidente se colocó en su puesto, el secretario gritó:—Silencio!—el pesador y otro mozo tomaron una caja cada uno, y poniéndolas en las dos opuestas portezuelas de la alambarrera, las abrieron ambos á un tiempo. Los gallos salieron, volvieron á cerrarse las portezuelas, y los espectadores guardaron por algunos momentos un silencio profundo.

Eran dos gallos andaluces de raza inglesa, para servirme de la curiosa definicion que me dió un espectador, altos, enjutos, derechos como husos, con un largo cuello movilísimo, completamente desplumados en las partes posteriores y del pecho arriba, sin cresta, la cabeza pequeña, y un par de ojos que revelaban la índole batalladora. Los espectadores los observaron atentamente sin proferir palabra. Los aficionados, en aquellos pocos minutos, juzgan por los colores, por las formas, por los movimientos de los dos animales cuál será probablemente el vencedor; luego proponen las apuestas. Es un juicio muy incierto, como cada cual puede comprender; pero la incertidumbre es lo que da vida al juego. De repente se rompe el silencio por una explosion de gritos.

—Un duro por el de la derecha!

—Un duro por el de la izquierda!

—Va!

—Tres duros por el negro!

—Cuatro duros por el pardo!

—Una onza por el chico!

—Va!

—Va por el negro!

—Va por el pardo!

Gritan los espectadores, mueven las manos, se señalan uno á otro con el baston; las apuestas se cruzan en todas direcciones; en pocos momentos hay un millar de pesetas en juego.

Los dos gallos no se miran al principio. Vuelto el uno de este lado, el otro de aquel, cantan y cantan alargando el cuello hácia los espectadores, como si preguntasen:—¿Qué quereis?—Luego se acercan poco á poco, sin dar señal de haberse visto, cual si quisieran cogerse de sorpresa. De improviso, rápidos como el relámpago, dan un salto con las alas abiertas, se chocan en el aire, y vuelven á caer esparciendo en derredor un nublado de plumas. Se detienen despues del primer ataque, y se plantan el uno frente al otro con el cuello extendido y los picos que casi se tocan, mirándose fijos, inmóviles, como si se propusieran envenenarse con los ojos. Al fin se van al encuentro con gran violencia, despues de lo cual los asaltos se suceden sin interrupcion. Hiérense á zancadas, á espolonazos, á picotones; se aprietan con las alas de suerte que parecen un solo gallo provisto de dos cabezas; se echan el uno bajo el vientre del otro, se echan contra los hierros de la

jáula, se siguen, caen, revolotean; y á medida que los golpes se hacen más espesos, vuelan las plumas de la cabeza, los cuellos se tornan color de fuego y arrojan sangre. Luego comienzan á picotearse en la cabeza, en torno de los ojos, en los ojos mismos; se desgarran las carnes con la ira de dos furiosos que tengan miedo de ser apartados; parece que saben que uno de los dos debe morir; no lanzan una voz ni un gemido; no se siente más que el ruido de las alas agitadas, de las plumas que se rompen, de los picos que chocan en los huesos; no hay un instante de tregua; es un furor que va derecho á la muerte.

Los espectadores siguen con ojo atento todos los movimientos, cuentan las plumas arrancadas, y enumeran las heridas: el griterío se hace cada vez más notable y las apuestas más fuertes.

—Cinco duros por el chico!

—Ocho duros por el pardo!

—Veinte duros por el negro!

—Van!

—Van!

Llegada la lucha á cierto punto, uno de los dos gallos hace un movimiento que descubre la inferioridad de sus fuerzas, y comienza á dar señales de cansancio. Aunque resistiendo siempre, sus picotazos vienen á ser cada vez más raros, sus espolnazos más endebles, sus saltos más bajos; parece como si comprendiera que debe morir; no combate ya para matar, combate para no ser muerto; retrocede, huye, cae, vuelve á levantarse, vuelve á caer, vacila como presa de un mareo. El espectá-

culo toma entonces apariencias horribles. Delante del enemigo que cede, el vencedor se enfurece; sus picotazos caen espesos, rabiosos, implacables en los ojos de la víctima, con la regularidad de la aguja de una máquina de coser; su cuello se alarga y se contrae con el vigor de un resorte; su pico se aferra á las carnes, se retuerce y se dilata; luego se clava en la herida, y se revuelve en ella como para buscar las fibras más ocultas; despues picotea y repicotea sobre la cabeza, á la manera que si quisiese abrir el cráneo y sacar de él los sesos. No hay palabra que exprese el horror de aquel picotear continuo, incansable, despiadado. La víctima se retuerce, escapa, da vueltas por la jáula; y su perseguidor detrás, al lado, indivisible de ella como una sombra, con la cabeza inclinada sobre la del fugitivo como un confesor, siempre picando, punzando, destrozando siempre. Tiene algo del cómitre, algo del verdugo; parece que diga no sé qué cosa al oido de su víctima, que acompañe cada golpe con un insulto:— Toma, sufre, muere; no, vive, toma esta, esta otra, una más todavía.—Parte de su rabia sanguinaria se difunde en vuestras venas; aquella crueldad cobarde os enciende en un deseo de venganza; lo destruiriais con las manos; lo aplastariais bajo el pié.

El gallo vencido, bañado todo en sangre, sin plumas, vacilante, intenta aún de cuando en cuando algun ataque, descarga algun picotazo, huye y se lanza contra los hierros de la jáula para buscar salida.

Los de las apuestas se animan y gritan con más

y más fuerza. No pudiendo apostar ya sobre la lucha, apuestan sobre la agonía.

—Cinco duros á que no tira tres veces!

—Tres duros á que no tira cinco!

—Cuatro duros á que no tira dos!

—Van!

—Van!

En este momento oí una voz que me heló de espanto.

—Está ciego.

Me acerqué á la jáula, miré al gallo vencido y volví el rostro con horror. No tenia ya piel, no tenia ya ojos; su cuello no era más que un hueso ensangrentado, su cabeza no más que un tejido; las alas, reducidas á tres ó cuatro plumas, arrastraban como dos harapos; parecia mentira que así deshecho pudiese vivir y andar todavía. Sin embargo, aquel resto, aquel mónstruo, aquel esqueleto chorreando sangre, se defendía aún, se agitaba en las tinieblas, sacudiendo las alas partidas como dos muñones, alargando el cuello destrozado, moviendo la cabeza al acaso, aquí y allá, como los perros recién nacidos. Su verdugo continuaba picoteando las llagas, horadando los ojos, destrozando el cráneo desnudo; no era ya una lucha, era un tormento; parecia que quisiese deshacerlo sin matarlo. A veces, cuando la víctima se estaba un momento inmóvil, inclinábase á mirarla con la atención de un anatómico; luego se sacudia y la contemplaba desde lo alto con indiferencia; luego se le echaba de nuevo encima con la avidez de un vampiro, y picaba y destrozaba más vi-

gorosamente que al principio. Por último el moribundo, deteniéndose de improviso, dobló la cabeza en tierra como presa de un sueño, y su verdugo, mirándolo atentamente, se detuvo junto á él.

Entonces redoblaron los gritos; no se podía apostar ya sobre las convulsiones de la agonía, y se apostaba sobre los síntomas de la muerte.

—Cinco duros á que no levanta la cabeza!

—Dos duros á que la levanta!

—Tres duros á que la levanta dos veces!

—Van!

—Van!

El gallo moribundo alzó con lentitud la cabeza; el verdugo, pronto al ataque, le descargó encima una tempestad de picotazos; volvieron á estallar los gritos; la víctima hizo de nuevo un ligero movimiento... intentó otro picotazo... se sacudió... probó á herir todavía... derramó sangre por la boca, vaciló y dió en el suelo. El vencedor, ¡miserable! se puso entonces á cantar. Vino un criado y se llevó á los dos.

Levantáronse todos los espectadores, y comenzó una bulliciosa conversacion; los vencedores bromeando, los vencidos blasfemando, y unos y otros discutiendo los méritos de los gallos y los lances de la lucha.

—Buena pelea!

—Buenos gallos!

—Gallos malos!

—No valen nada!

—No entiende V.!

—Cállese V.!

—Buenos!

—Malos!

—*Sentarse*, caballeros!—gritó el presidente.

Sentáronse todos y comenzó otra pelea.

Yo eché una ojeada al campo de batalla y salí. Alguno dudará en creerlo: aquel espectáculo me causó más horror que la primera corrida de toros. No tenía idea de una ferocidad tan cruel; no creía antes de verlo, que un animal, despues de haber reducido á otro á la impotencia, pudiese torturarlo, martirizarlo, destrozarlo de aquel modo, con el encarnizamiento del ódio y con la voluptuosidad de la venganza; no creía que el furor de una bestia pudiese llegar hasta el punto de ofrecer los caractéres de la más desenfrenada maldad humana. Hoy todavía, y ha trascurrido tanto tiempo, cada vez que recuerdo aquel espectáculo vuelvo involuntariamente la cabeza á un lado como para evitar la horrible vista del gallo moribundo; y no me sucede nunca poner la mano sobre una jáula, sin que baje los ojos con la idea de ver el suelo cubierto de plumas y de sangre.

Si vais á España, seguid mi consejo:

State contente, umane gonti, ai tori.

EL CONVENTO DEL ESCORIAL.

Antes de partir para Andalucía fuí á ver el famoso convento del Escorial, el Leviatan de la arquitectura, la octava maravilla del mundo, el mayor pedazo de granito que existe sobre la tierra: si quereis

otras dominaciones grandiosas, sabed que no encontrareis ninguna que no le haya sido aplicada. Salí de Madrid muy de mañana. El pueblo del Escorial, que dió nombre al convento, está á ocho leguas de la ciudad, poco distante del Guadarrama: el camino atraviesa una campiña árida y despoblada, limitada en el horizonte por montes cubiertos de nieve. Cuando llegué á la estacion del Escorial, caía una llovizna espesa y fria que helaba las carnes. Desde la estacion á la aldea hay un medio cuarto de legua de subida: me metí en una diligencia, y de allí á pocos minutos fuí desembarcado en una calle solitaria, flanqueada á la izquierda por el convento, á la derecha por las casas del lugar, y cerrada en el fondo por la montaña. A primera vista no se saca en limpio nada: esperábase ver un edificio y se ve una ciudad; se ignora si está uno ya dentro del convento ó si está todavía fuera; por todas partes se ven aquellos muros; se adelanta, se dá con una plaza; se mira en derredor, se ven las calles; no se ha entrado todavía, y ya el convento nos rodea y hemos perdido la brújula y no sabemos de qué lado volvernos. El primer sentimiento es triste: todo el edificio es de piedra color terráceo, y rayado de blanco entre piedra y piedra; los techos cubiertos de láminas de plomo. Parece un edificio de tierra. Los muros son altísimos y desnudos, y tienen gran número de ventanas que semejan aspilleras. Más que un convento se diría que es una prision. Por donde quiera se vé aquel color sombrío, muerto; por donde quiera un silencio de fortaleza abandonada; al otro lado de los

techos negros, la montaña negra también, que parece pendiente sobre el edificio, y le dá un aire de misteriosa soledad. El lugar, las formas, los colores, todo debió ser elegido por el fundador del edificio para ofrecer á los ojos de los hombres un espectáculo triste y solemne. Antes de entrar habeis perdido vuestra alegría, no sonreis ya, pensais. Os deteneis á las puertas del Escorial con una especie de estremecimiento, como á las puertas de una ciudad deshabitada; os parece que si en algun rincón del mundo reinase todavía el terror de la Inquisición, habria de reinar entre aquellas paredes; diriais que allí dentro se ha de ver su última huella y sentir su último eco.

Sabido es que la basílica y el convento fueron fundados por Felipe II despues de la batalla de San Quintín, en cumplimiento de un voto hecho á San Lorenzo durante el asedio, cuando los sitiadores se vieron obligados á cañonear una iglesia consagrada á dicho santo. D. Juan Bautista de Toledo comenzó la obra, y Herrera la concluyó: los trabajos duraron veintiun años. Felipe II quiso que el edificio ofreciese la forma de una parrilla en conmemoración del martirio de San Lorenzo, y tal es realmente su figura. En los cuatro ángulos se alzan cuatro grandes torres cuadradas con el tejado en punta, que representan los cuatro piés de la parrilla; la iglesia y el palacio real que se levantan á su lado, simbolizan el mango; los edificios interiores, que tocan á los dos lados más largos, hacen lugar de las barras transversales. Otros edificios menores surgen fuera

del paralelogramo, á corta distancia del convento, sobre uno de los lados largos y uno de los cortos, y forman dos grandes plazas; por los otros dos lados están los jardines. Fachadas, puertas, átrios, todo está en armonía con la grandiosidad y con el carácter del edificio: es inútil acumular descripciones sobre descripciones. El palacio real es esplendísimo, y para no mezclar luego diversas impresiones, conviene verlo antes de entrar en el convento y en la iglesia. Este palacio ocupa el ángulo sud-este del edificio. Algunas salas están llenas de cuadros; otras tapizadas desde el pavimento á la bóveda con tapices que representan corridas de toros, bailes populares, juegos, fiestas y costumbres españolas dibujadas por Goya; otras regiamente amuebladas y dispuestas; el suelo, las puertas, las ventanas cubiertas de maravillosos trabajos de tallado y de dorados magníficos. Pero entre todas las salas es notable la de Felipe II: una celda más bien que una sala, desnuda y escuálida, con una alcoba que corresponde con el oratorio real de la iglesia, de modo que desde el lecho, teniendo abiertas las puertas, se puede ver al sacerdote que dice la misa. Felipe II dormía en aquella celda; allí pasó su última enfermedad, y allí murió. Se ven todavía algunas sillas usadas por él, dos escabeles sobre los cuales apoyaba la pierna atormentada por la gota, y un escritorio. Las paredes son blancas, el techo llano y sin adornos, y el suelo de ladrillos.

Visto el palacio real, se sale del edificio, se atraviesa la plaza y se vuelve á entrar por la puerta prin-

cipal. Un conserje se os pega á las ropas, atravesáis un vestíbulo, y os encontrais en el patio de los Reyes. Allí podeis formar una primera idea de la inmensa osamenta del edificio. El patio está todo cercado de paredes, y en el lado opuesto á la puerta se ve la fachada de la iglesia. Sobre espaciosa gradería se alzan seis enormes columnas dóricas, cada una de las cuales sostiene un gran pedestal, y cada pedestal una estátua. Son seis estátuas colosales de Bautista Monegro, que representan á Josafat, Ezequiel, David, Salomon, Josué y Manasés. El patio está empedrado, cubierto de trozos de yerba, húmedo; los muros parecen rocas cortadas á pico; todo es rígido, macizo, pesado, y ofrece no sé qué fantástico aspecto de edificio titánico labrado en una montaña de piedra, y á propósito para desafiar los sacudimientos de la tierra y los rayos del cielo. Allí se comienza á comprender qué cosa es el Escorial.

Se sube la gradería y se entra en la iglesia.

El interior de la iglesia es triste y desnudo: cuatro enormes pilares de granito gris sostienen las bóvedas pintadas al fresco por Luca Giordano: junto al altar mayor, esculpido y dorado á la española, en los intercolumnios de dos oratorios reales, se ven dos grupos de estátuas de bronce arrodilladas, con las manos tendidas hácia el altar: á la derecha Carlos V, la emperatriz Isabel y varias princesas; á la izquierda Felipe II con sus esposas. Sobre la puerta de la nave principal, á treinta piés del suelo, en el fondo de asientos de orden corintio, sencillos en el dibujo. En

un rincón, cerca de una puerta secreta, está el sitial que ocupaba Felipe II. Por aquella puerta recibía las cartas y las embajadas importantes sin que lo advirtiesen los sacerdotes que cantaban en el coro. Esta iglesia, que respecto del edificio entero parece pequeña, es, sin embargo, una de las más vastas de España; aunque aparezca tan despojada de adornos, encierra inmensos tesoros de mármoles, de oro, de reliquias, y cuadros que la oscuridad oculta en parte, y de los cuales aleja la atención el triste aspecto del edificio. Además de las mil obras de arte que se ven en las capillas, en las habitaciones contiguas á la iglesia, en las escaleras que conducen á la tribuna, hay en un corredor, detrás del coro, un soberbio crucifijo de mármol blanco labrado por Benvenuto Cellini, con la inscripción: *Benvenutus Zelinus, civis florentinus facebat 1562*. En otras partes se ven cuadros de Navarrete y de Herrera. Pero todo sentimiento de asombro muere en el de la tristeza. El color de la piedra, la luz dudosa, el silencio profundo que os rodea, llevan sin cesar vuestro pensamiento á la grandiosidad, á los límites desconocidos, á la soledad del edificio, y no dejan cabida al deleite de la admiración. Produce el aspecto de aquella iglesia un sentimiento inexplicable de inquietud. Adivinaríais, si ya no lo supiérais, que en torno de aquellos muros no hay por largo espacio más que granito, oscuridad y silencio; sin ver el desmesurado edificio, lo sentís; sentís que os encontrais en medio de una ciudad deshabitada; quisiérais apresurar el paso para verla pronto, para libraros del peso de aquel

misterio, para buscar, si por alguna parte estuviesen, la luz viva, el rumor y la vida.

De la iglesia se pasa por varios aposentos desnudos y frios á la sacristía, ancha sala abovedada, en la cual ocupan toda una pared armarios de madera variados y finísimos, que encierran los sagrados ornamentos; la pared opuesta, una série de cuadros de Ribera, Giordano, Zurbaran, el Tintoretto y otros pintores italianos y españoles; el fondo, el famoso altar de la *Santa Forma* con el celebérrimo cuadro del pobre Claudio Coello, que murió de melancolía por el llamamiento de Luca Giordano al Escorial. El efecto de este cuadro es verdaderamente superior á toda imaginacion. Representa con figuras de tamaño natural la procesion que se hizo para colocar en el mismo lugar la *Santa Forma*; están retratados precisamente aquella sacristía y aquel altar: el prior arrodillado sobre la gradinata, con la custodia y la hostia sagrada en las manos; en torno de él los diáconos; á un lado Cárlos II, de hinojos; más allá monjes, clérigos, seminaristas y otros fieles. Las figuras son tan animadas y expresivas, la perspectiva tan verdadera, el colorido, las sombras y la luz tan exactas, que al entrar en la sacristía se toma el cuadro por un espejo donde se reflejase una funcion religiosa celebrada en aquel momento en una sala cercana. Despues desaparece la ilusion de las figuras; pero queda la del fondo del cuadro, y hay verdaderamente necesidad de acercarse hasta casi tocarlo, para creer que aquella no es otra sacristía, sino un lienzo pintado. En los dias de jubileo se arrolla este lienzo,

y aparece en medio de pequeña capilla un templete de bronce dorado, dentro del cual se ve la magnífica custodia que guarda la hostia consagrada, cuajada aquella de diez mil rubíes, diamantes, amatistas y granates dispuestos en forma de rayos que deslumbran los ojos.

De la sacristía pasamos al panteon. Precedíame un guardian con su hacha encendida; bajamos una larga escalera de granito, y llegamos á una puerta subterránea donde no penetraba rayo de luz, sobre la cual se lee la siguiente inscripcion en letras de bronce dorado:

«Dios Omnipotente y Grande!

»Lugar dedicado por la piedad de la dinastía austriaca á los despojos mortales de los reyes católicos, que están esperando el deseado día bajo el altar mayor consagrado al Redentor del género humano. Cárlos V, el más ilustre de los Césares, deseó este lugar de último reposo para sí y para su linage; Felipe II, el más prudente de los reyes, lo designó; Felipe III, monarca sinceramente piadoso, dió principio á los trabajos; Felipe IV, grande por su clemencia, constancia y devocion, lo amplió, lo embelleció y lo llevó á término el año del Señor 1654...»

Siguiendo al guardian, me hallé en medio de los sepulcros, ó más bien en un sepulcro oscuro y frio como la gruta de una montaña. Es una pequeña sala octagonal, toda de mármol, con un altarito en la pared opuesta á la puerta, y en lo restante, desde el suelo á la bóveda, una sobre otra, las tumbas, separadas por adornos de bronce y bajo relieves. La bó-

veda corresponde al altar mayor de la iglesia. A la derecha del altar están sepultados Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Luis I, los tres Carlos y Fernando VII; á la izquierda las emperatrices y las reinas. El guardian aproximó la luz á la tumba de María Luisa de Saboya, mujer de Carlos III, y me dijo con misterio:

—Lea V.

El mármol está rayado en varios sentidos: con un poco de atención conseguí distinguir cinco letras; es el nombre, Luisa, escrito por la misma Reina con la punta de las tijeras. De repente el guardian apagó el hacha y nos quedamos en las tinieblas; se me heló la sangre en las venas.

—Encienda V.!—grité.

El conserje se echó á reír con una risa prolongada y lúgubre, que me pareció el estertor de un moribundo, y me dijo:

—Mire V.!

Miré: un rayo debilísimo de luz, descendiendo á lo largo de las paredes por una abertura cercana á la bóveda, casi hasta el pavimento, alumbraba no más que lo preciso para hacerlas visibles algunas tumbas de reinas; parecía un rayo de luna; los bajos relieves y los bronceos de las tumbas brillaban bajo aquel resplandor de una luz extraña como si destilasen agua. En aquel momento noté por primera vez el olor de aquel aire sepulcral, y sentí un estremecimiento de frío; penetré con la imaginación en los sepulcros, y ví todos aquellos cadáveres rígidos; busqué una salida por encima de la bóveda, y me